

**VIAJAR, CONTAR, APRENDER:
LOS RELATOS DE VIAJES COMO FUENTES LITERARIAS
PARA LA HISTORIA DE LA EDUCACIÓN**

María José Rebollo Espinosa
Universidad de Sevilla

“Un viaje es como una gran biblioteca puesta en fila,
con los libros abiertos en lo más interesante,
que vamos leyendo al pasar”¹.

(Carmen de BURGOS, *Colombine*)

La propuesta que presento a continuación es el resultado de una de mis líneas de investigación y de docencia más recientes. Se trata de la posibilidad de utilizar un tipo concreto de literatura, los *relatos de viajes*, como instrumento metodológico al servicio de la Historia de la Educación, lo que, en el fondo, consiste en hacer una “lectura pedagógica” de estas obras literarias, es decir, de rastrear en ellas todas aquellos trazos que puedan ayudarnos a completar la imagen educativa de una época histórica, o, dicho de otro modo se trata de buscar la educación en la literatura.

Conviene aclarar, en primer lugar, cuál es el concepto de *viaje* que manejo; de la misma manera, sería necesario a continuación precisar qué se entiende por *relato de viaje*; para terminar, en tercer término, aventurando qué posibilidades tienen éstos como instrumento metodológico en nuestra área de conocimiento. Las respuestas a estos tres interrogantes proporcionan la estructura argumental de este capítulo.

Viajar

El concepto de *viaje* no es tan simple como parece. Afortunadamente, como sucede con muchas de las palabras del castellano, es de una gran riqueza semántica. Cotejar algunas de las definiciones que aparecen en el Diccionario de la R.A.L.E., el Espasa y el Diccionario del español actual, nos dará una idea inicial de la diversidad de sentidos que posee este término, antes de que lo maticemos desde la perspectiva que nos interesa. La primera de las definiciones, es esa precisión morfolingüística que inaugura casi todas las entradas y siempre me ha parecido que no añade prácticamente nada: “Acción y efecto de viajar”. Las dos que enuncio a continuación son las que más directamente nos llevarán enseguida a nuestra temática:

- * “Traslado que se hace de una parte a otra por aire, mar o tierra o ida a cualquier parte” (curioso, no menciona la vuelta).
- * “Relación, libro o memoria donde se relata lo que ha visto u observado el viajero” (es a lo que aquí llamaremos relato de viaje).

De las demás definiciones, he escogido algunas bastante llamativas:

- * “Camino por donde se hace el traslado”. Metonímicamente, la vía por la que transcurre el viaje lo es asimismo.
- * “Carga o peso que se lleva de un lugar a otro de una vez”. Por analogía, lo usamos también, coloquialmente, para indicar que algo es muy grande o viene en mucha cantidad (“Los Reyes me han traído un viaje de regalos”). Quizá este uso quepa en el de “Multitud de cosas de un mismo grupo”.
- * “Estado resultante de haberse administrado una droga alucinógena”.
- * “Corte sesgado que se da a algo, como a las piezas de madera, a los paños de una vela, etc.”

- * “Ataque inesperado y violento, sea físico o verbal”. Sinónimo, por ejemplo de empujón.
- * “Acometida inesperada, por lo común a traición, con arma blanca y corta”.
- * “Acometida rápida del toro levantando la cabeza”.
- * Y el “último viaje”, como sinónimo de muerte.

Partiendo de esta base filológica formal, continuemos ahora perfilando las notas definitivas del viaje.

“Viajar es imprescindible y la sed de viaje, un síntoma neto de inteligencia”, decía E. Jardiel Poncela, en *Angelina o el honor de un brigadier*. El viaje en el ser humano es una especie de inclinación natural, tan sólo limitada por las circunstancias (comodidad, economía, tiempo, etc.) La especie humana nació nómada. Cuentan que, cuando nuestros antepasados prehistóricos se establecieron y fijaron sus residencias al inventar la agricultura, comenzamos a civilizarnos, pero, el “gusanillo viajero” ha permanecido en nuestras conciencias, instaurado casi como una necesidad vital –más activa en una personas que en otras–, una necesidad que aflora con mayor fuerza a nivel individual y social en algunos momentos de la vida o de la Historia, y que nos sentimos impelidos a satisfacer, aunque muchas veces las circunstancias nos lo impidan y tengamos que contentarnos con que viaje nuestra imaginación, porque –como escribía Alonso de Ercilla en su *Araucana*– “una de las cosas en las que se ve la grandeza del ánimo del hombre, y la parte inmortal adonde aspira, es el no hallarse contento, ni satisfecho en un lugar, procurando hartar su deseo, inclinado a diversidad de cosas, rodeando el mundo, y tratando diferentes lugares para hurtar el cuerpo a los fastidios de la vida”.

En ocasiones, el viaje funciona más bien como un mecanismo de defensa, de escape, una vía de huida –física o espiritual– más o menos obligada por otras personas (por ejemplo, el exilio, o los que Emilia Pardo Bazán denomina “penales” o “de fatalidad”²) o por una misma:

“Tú emprendes viaje hacia adelante, hacia / el tiempo bien llamado porvenir, / porque ninguna tierra / posees, / porque ninguna patria / es ni será jamás la tuya, / porque en ningún país / puede arraigar tu corazón deshabitado”, reza un poema de A. González en *Sin esperanza, con convencimiento*.

Otras veces, se viaja en el sentido quizá más superficial, ejercitando casi exclusivamente la acción de trasladarse, siguiendo a menudo la moda, por imitación. Es lo que denominamos más estrictamente turismo, una visita a otros países diferentes del nuestro, medida, pactada con tour operadores, y encorsetada hasta el punto de impedir un aprendizaje real, una interpretación personal de los espacios visitados. F. Teixidor concluye a este respecto que quienes se limitan a este aspecto del viaje “regresan a su país de origen como el que ha ido a una fiesta cualquiera; y no relatan nada nuevo, no nos comunican su interpretación personal de los lugares visitados, la emoción que pudo suscitar en ellos la verdadera contemplación de lo que les brindó cada ciudad, cada paisaje”³.

El verdadero viaje es también un instrumento de experimentación y de búsqueda de la diversidad, de ampliación de horizontes, “enriquece el espíritu, amplía los conocimientos y cura los prejuicios”⁴. Es algo que, efectivamente, renueva a la persona, algo que contribuye a fortalecer su salud mental —e incluso física, recordemos los viajes terapéuticos, los balnearios, las montañas, los cambios de aires recetados por la medicina—. Según J. Plá, en su *Humor honesto y vago*, “viajar produce el mismo efecto que a un enfermo cambiar de posición”. Porque, es evidente que viajar significa algo más que la mera traslación en el espacio, el viaje significa “la tensión de búsqueda y de cambio que determina el movimiento y la experiencia que se deriva del mismo. En consecuencia, estudiar, investigar, buscar, vivir intensamente lo nuevo y profundo son modalidades de viajar o, si se quiere, equivalentes espirituales y simbólicos del viaje”⁵. Emilia Pardo Bazán, con la agudeza que la

caracteriza, matiza que, con una mayor exactitud psicológica, deberíamos por consiguiente decir más bien “viajarse” (*Por la Europa Católica*), por la huella formativa tan profunda que el viaje imprime en quien lo realiza.

Contar

La plasmación por escrito de lo visto y sentido en el viaje –publicado o no– constituye el relato de viaje. Parece que –coincido con Álvarez Cuartero– “el viaje carece de sentido si no se puede contar, silenciar los viajes por cercanos o lejanos que sean, por cortos o largos en el tiempo, sería como no haberlos vivido [ahora el sustituto son las fotos], sean experiencias aburridas o emocionantes siempre son exteriorizadas, verbalizadas en un intento de hacerlas perdurar en el tiempo”. La necesidad de esa constancia escrita de los viajes –necesidad para quien viaja y para otras personas que, leyéndolos pueden, en cierta medida, viajar también– queda claramente explicada por Lily Litvak en su *Ajedrez de estrellas*: “La persistencia de las crónicas de viajes está implícita en las leyes del género. Todo viaje nace de un deseo, el conocer un país antes de que sus rasgos más originales se borren, y también el de conocerlo por experiencia propia. Pero a ese deseo se unen otros. Saber cómo otros lo conocieron, cómo hicieron por conocerlo, con cuáles obstáculos se tropezaron y cómo los pudieron sobrepasar. Las crónicas de viajes nos presentan la mejor imagen que podemos tener de nosotros mismos, de nuestra libertad y capacidad de aventura. Describen el encuentro de un país y un hombre, no existen sino en esa confluencia. Su estructura, tan vieja como la literatura misma, tan joven como la esperanza humana, permite siempre la decoración nueva de una región más que se revela, la descripción de otras sociedades, otras generaciones, otras formas de vida. Sirven para dramatizar nuestra existencia, permitiéndonos el

descubrimiento del mundo, de los dramas naturales, de tierras y gentes y a través del protagonismo, nos hacen sentir las pasiones más elementales del hombre: el valor o el miedo, la voluntad, la persistencia, el instinto”⁶.

Todo este conjunto de potencialidades hizo que, en determinados momentos de la historia –y creo que de nuevo nos encontramos en uno de ellos–, los libros de viaje y todos aquellos otros que los complementan (guías, mapas, etc.), se hayan convertido en un boom editorial. Fueron consumidos con avidez, por ejemplo, por la sociedad dieciochesca, editados bajo un heterogéneo rosario de títulos: itinerarios geográficos, históricos y críticos, relaciones políticas, descripciones o diarios de viaje, noticias, breves, observaciones, impresiones, compendios, exámenes, estados, lecciones, peregrinaciones, colecciones, cartas, etc. Una de las vías de publicación más frecuente y exitosa para este tipo de literatura fue la prensa. Las impresiones de viaje constituyen, en el siglo XVIII y XIX sobre todo, secciones independientes en los periódicos del momento (por ejemplo, en el *Semanario Pintoresco Español*, *Álbum Pintoresco Universal*, *El Museo de las Familias*, *El Museo Universal...*), porque al público le interesa conocer las costumbres de los países extranjeros, aunque sea sólo a través de una ventana de papel.

Aunque cada cual tenga su estilo al contar el viaje, algunos especialistas han detectado ciertos rasgos psicológicos comunes a los autores de estos relatos, rasgos que determinan en parte su percepción del mundo. En este sentido, L. Litvak apunta, entre otras cosas, que coinciden en su individualismo, muchos tienen deseos de romper con los confines limitados de su entorno, están en camino hacia algún lugar y a la vez huyen de otro y facilitan al público lector una aproximación visual a la información recién aprendida.

Los relatos de viajes son el fruto de un cruce de caminos entre distintos géneros literarios: costumbrismo, aventuras, utopía, sátira, etc. Para algunos puristas, no constituyen en realidad ningún género,

sino que pertenecen a la subliteratura y el valor de sus textos radica precisamente en lo que a nosotros nos interesa ahora, en sus aspectos documentales. Para otros estudiosos, que le niegan igualmente la categoría de género aparte, el razonamiento reposa en el hecho de la omnipresencia del viaje a lo largo de toda la historia de la literatura –desde la *Odisea* a las aventuras galácticas–, como motivo o símbolo identificable con la vida misma. De todas maneras, cada vez hay más especialistas que convienen en hablar de un género con perfiles propios, que resulta “de una constitución bifronte que articula de forma inescindible lo documental con lo literario”⁷. Esta mezcla los convierte –como concluye Nieves Paradela– en una especie de “archigénero, variado y plural que, en la misma medida en que se hurta a un encasillamiento estricto se abre a la curiosidad e interés de todo tipo de lectores y estudiosos”⁸. La propia tipología de los relatos es asimismo vastísima, lo cual dificulta considerablemente cualquier intento de clasificación, dada la diversidad de sus objetivos (sobre los que antes hablé), estilos (guías, cartas, diarios, crónicas periodísticas, diálogos, biografías, autobiografías, prosa lírica, etc.) y temas centrales (la descripción geográfica, la admiración por el arte, los sentimientos experimentados a nivel interior, o la educación misma, como veremos).

Son antiquísimos, han existido desde los comienzos de la literatura. El *Éxodo* relata la historia bíblica del viaje de Moisés con los hebreos guiado por Dios. Egipcios y fenicios fueron grandes navegantes. Los antiguos griegos (Escílax de Carandía, Hecateo de Mileto, Polemón, Skymnos de Chío, Pausanias) cultivaron la llamada “literatura de periplos” (*peripleo* = navegar en derredor) describiendo desde sus naves los lugares costeros que avistaban y también nos legaron la *periegesis*, un conjunto de manuales, descripciones geográfica, viajes, itinerarios y guías elaboradas con el objeto de informar al lector de la topografía, productos o curiosidades de los países visitados. Igualmente son viajes, aunque poéticos, los que cuenta Homero en la *Odisea*, o Jenofonte en la *Anábasis*. A Herodoto,

el “padre de la Historia”, se le ha considerado asimismo el “primer viajero”, precisamente por su método a la hora de reunir los datos para contarlos. Tucídides (que durante la *Guerra del Peloponeso* visitó por más de veinte años los sitios de las batallas famosas, anotando sus observaciones y asegurando que sólo describía lo que él mismo había visto o aprendido de otros por consulta cuidadosa), Polibio (importante diplomático que viajó por el Mediterráneo coleccionando datos) o Estrabón (redescubierto en el Renacimiento, visitó más lugares de Asia, África y la Europa mediterránea que ningún otro escritor de su tiempo) fueron asimismo ilustres relatores helenos de viajes. Los romanos, en cambio, parecen ser menos dados al género, aunque habría que destacar que el *De bello Gallico* de César es, además de la historia de sus campañas militares, una crónica de sus viajes.

El período medieval, como en otras tantas cuestiones, transcurrió lleno de contrastes en lo referente a los relatos de viajes. Desde los primeros siglos de la Edad Media, las literaturas árabe y judaica sobresalen por este tipo de obras: Ibn Batuta, Solimán, Idriisi, Benjamín de Tudela, mientras que de los viajeros occidentales sólo se conservan unas pocas y bastante deficientes. Pero, ya en la segunda mitad de este período, sacudido por las Cruzadas, también en la órbita cristiana se suceden los relatos sobre peregrinaciones a Tierra Santa (Bouchard, Félix Fabri, Villehardouin). Y hacia finales de esta época, aumentó considerablemente la producción, gracias en especial al espíritu comercial de los venecianos, todos tenemos noticias de Marco Polo, tras cuyas huellas se aventuraron rápidamente otros como el fraile dominico Jordanus, que viajó a la India en 1329, o el monje Clavijo que, en 1403, fue enviado de España en la Corte del Gran Tamerlán.

El nuevo espíritu que se inaugura en el siglo XV tiene enseguida como efecto una explosión exploradora. La búsqueda de un camino directo hacia las Indias, la invención de la brújula y de la imprenta, la difusión de la *Geografía* de Ptolomeo y las incursiones por el Océano Atlántico que culminan con el descubrimiento de América, dan lugar a

una coyuntura especialísima para el tema que tratamos. Con el XVI sigue subiendo la importancia de la crónica marina, la del portugués D. Alfonso de Alburquerque, el inglés sir Francis Drake, o los españoles Alfonso Enrique de Guzmán, Francisco Álvarez, Hernán Cortés, Coronado, Fernández de Oviedo o Bernal Díaz del Castillo, por citar algunos.

A partir de 1600, los motivos de los viajes se diversifican más aún. Hay apasionantes crónicas de mercaderes (Laval, Tavernier, Chardin); ingleses, holandeses, portugueses y españoles buscan El Dorado, las fuentes del Nilo o el paso del Noroeste, circunnavegan la Tierra, son exploradores. También continuó habiendo viajes guerreros, diplomáticos y aventureros. Desde fines de este siglo esta literatura comienza a ser muy apreciada, sobre todo en círculos cortesanos. Entonces se leía primordialmente por puro entretenimiento, el interés casi no pasaba del ámbito de las rarezas foráneas y la existencia de otras culturas no era percibida como un desafío.

Pero esta actitud cambió a principios del siglo XVIII, cuando el orden y la estabilidad del ideal clásico absolutista de la sociedad se pusieron en duda. Según Paul Hazard, ello se debió, en cierta medida, justamente a un nuevo acceso a la literatura de viajes. Quien leía uno de estos relatos identificaba las noticias de países remotos con lo desconocido, despuntando en su mente la idea de que su propio modo de vivir no tenía por qué ser el único justificable. Y los ilustrados tuvieron muchísimo para escoger, puesto que en este siglo los viajes se incrementan en los estados europeos como síntoma manifiesto de civilización. Kant –nada viajero a nivel personal–, en su *Antropología*, reconoce a los relatos de viajes una virtualidad transformadora casi tan fecunda como la que puedan llevar consigo los viajes reales. Diderot, en *Jacques le fatalista* comenta la picaresca que rodea aún, aunque mejorando, a las condiciones de los viajes, postas, albergues y caminos. Igualmente observamos ya en el XVIII algunos nuevos elementos de planificación y por lo tanto de análisis a posteriori, en especial, la voluntad de controlar los flujos de población, de seleccionar y

comprender aquellos movimientos que pueden comprometer el orden establecido: emigrantes hambrientos en busca de trabajo, forasteros por su nación o religión que pueden desestabilizar los frágiles equilibrios diplomáticos (protestantes acogidos en tierras alemanas, refugiados políticos, partidarios de los Estuardos llegados a Francia o Italia, etc.).

De todas formas, el viaje y su publicación por escrito conoció su apogeo en el XIX, a tenor de la concatenación de una serie de factores de índole económica, política y cultural: por un lado, el desarrollo comercial y la gran expansión colonial de Europa, por otro, la curiosidad científica y la afición al descubrimiento y a la investigación –Humboldt, Darwin, Livingstone, Champolion, Rémusat, son algunos de los adalides más famosos de esta tendencia–. Se retomaron los viajes religiosos, a Tierra Santa, o a Benarés o a Ceilán. El viaje exótico marcó también profundamente la sensibilidad de la sociedad decimonónica, como protesta y evasión a mundos distintos. Pero además, es en este momento cuando nace –y no ha cesado todavía de crecer– el turismo masivo, los viajes empiezan a ser organizados por especialistas, con rutas y tiempos señalados por las novedosas agencias de viajes (Thomas Cook), a esto contribuyen, evidentemente, un par de invenciones: el ferrocarril y la máquina de vapor, puesto que los viajes se facilitan, su costo se reduce, los equipajes se manejan con menos riesgos, las tarifas se estandarizan, se construyen hoteles, se montan empresas de coches y nuevas agencias marítimas.

Dejemos aquí la historia y centrémonos en el tercer término que titula este capítulo:

Aprender

Con independencia de que se consideren o no como género literario específico –eso es en el fondo asunto de lingüistas– se clasifiquen como se clasifiquen, y se escriban cuando se escriban, lo cierto es que –quiero insistir en ello puesto que se trata del núcleo de esta propuesta–, los

relatos de viajes son un instrumento riquísimo para la enseñanza y para la investigación histórico-educativa, ya que los viajes en sí mantienen estrechas relaciones con la educación. Veámoslas más directamente. Los viajes enseñan:

- * A quienes viajan, que serán sus beneficiarios a corto plazo. El ingrediente formativo se entreve desde un principio. Así lo recuerda el padre Coloma, autor del *Eusebio*: “No de otro modo reconocía Sócrates la utilidad en el viajar, cuando preguntado sobre el talento y las luces del joven Nicandro, respondió que daría razón de él después que hubiese viajado. Pues los que se proponen correr tierras por sola curiosidad, sin hacer o sin saber hacer estudio del mundo, y sin mirar a su aprovechamiento, éstos vagarán como romeros y volverán a su patria con los mismos ojos con que salieron [...] a éstos les estuviera mejor no haber salido de su hogar. Mas antes que quedar en él sepultados como topos, ciegos de mil preocupaciones nacionales, ¿qué luces, qué conocimientos y provecho no sacarían los grandes y los ricos de sus viajes, tomados como por término de sus estudios para perfeccionar su educación?”.

En “el siglo educador” por excelencia, el XVIII, el viaje aumenta significativamente sus cualidades didácticas y formativas. El afán de saber que mueve a Europa encuentra su mejor respuesta en la empresa viajera. A través del viaje, los ilustrados ponen en contacto la Razón con la realidad misma, viajar aumenta la sensación de libertad, abre la mente y el corazón, hace al individuo más permeable a lo que los ambientes ajenos en que se sumerge puedan enseñarle o sugerirle. Descartes, Bacon, Locke o Rousseau recomiendan encarecidamente los viajes formativos como materias prácticas para completar el currículo de los jóvenes nobles, haciendo para ello un sinfín de

recomendaciones estrictas (edad⁹, itinerario ineludible¹⁰, tutor¹¹, equipajes, contactos, actividades, etc.). Goethe, en su *Viaje a Italia*, reflexiona sobre esta virtualidad transformadora de los viajes concluyendo: “He visto mucho y he pensado más; el mundo se va ensanchando, y cuanto sé hace mucho tiempo, solamente ahora es cuando me lo apropio [...] En verdad, mejor sería no volver a mi patria si no he de ser un hombre nuevo”. Y los gobiernos auspician asimismo, conscientes de sus beneficios, la concesión de pensiones para que los estudiantes continúen su formación en el extranjero desde bien temprano: en España Felipe V lo impulsa en un Real Edicto de 4/7/1718, considerado el punto de partida de un movimiento de becarios al extranjero para adquirir el complemento de la instrucción; el Informe Quintana también lo incluye como propuesta y el sistema cobra su máximo empuje con la Junta de Ampliación de Estudios.

- * Los viajes enseñan también, a medio plazo, a los políticos responsables de la instrucción pública que, en numerosas ocasiones, financiaron el viaje de personas expertas en educación a países extranjeros con objeto de obtener información comparativa que sirva de base a reformas educativas. Esta perspectiva marcadamente pedagógica se hace de forma cada vez más sistemática a partir de fines del XVIII y viajeros decimonónicos como Cousin, Kay, Sarmiento o Sadler entre otros, serán considerados con posterioridad precursores de la Educación Comparada.

- * A medio o largo plazo igualmente, los relatos de viajes enseñan a quienes los leen, tanto a nivel informal, si se trata de un público general que disfruta y aprende de los espacios descubiertos por otros, como a nivel más formal o escolar, cuando éstos se transforman en libros de lectura, o cuando los libros de lectura

adoptan el estilo de los relatos de viajes, o cuando se utilizan como recurso didáctico en asignaturas concretas, como sería el caso de la Historia o de la Historia de la Educación. Quienes los escriben, más o menos conscientemente, ya lo hacen con un afán genealógico, para establecer una cadena de aprendizajes: “Reconocer los méritos de quien nos precedió –declara Goethe– me parece un acto de lealtad. ¿No soy yo también un predecesor de otros que vivirán y viajarán después de mí?”¹².

* Y enseñan, a más largo plazo aún, dejando más tiempo y kilómetros quizá de por medio, a los investigadores en Geografía, Sociología, Antropología, pero especialmente en Historia y también en Historia de la Educación. Afirmaba Marañón: “Los testimonios de los viajeros coinciden con los de los historiadores. Gusto yo mucho de aquéllos, de los viajeros, porque el que viene a recorrer un país escribe, por lo común lo que cuentan los ojos y los oídos con la fidelidad esquemática y dinámica de las fotografías instantáneas. Es cierto que el viajero es, a veces, apasionado en sentido hiperbólico o depresivo [...] Pero detrás de los colores arbitrarios es fácil, casi siempre, descubrir una verdad muy ingenua y sin protocolos; y si algún día tuviera tiempo para ello, escribiría un ensayo acerca de la Historia vista por los viajeros”.

Este elemento subjetivo, este peso ideológico que tñe la aparente objetividad documental de los relatos debe ser tenido en cuenta para utilizarlos como fuentes didácticas y de investigación, porque, los mismos matices que los hacen atractivos para la lectura y la imaginación, dificultan la interpretación de los datos que contienen. La de viajes –explica Nieves Paradela– es una literatura de diálogo, con efecto boomerang, porque recrea una tensión entre el Aquí y el Allí, y “esa tensión entre lo propio y lo ajeno, entre lo que sé de mí y lo que busco en el otro, entre lo que deseo conocer y lo que conozco finalmente, da como

resultado, no ya una simple descripción, sino toda una visión compleja que no podrá ser en ningún caso neutra o inocente”¹³.

Es esa complejidad, insisto, lo que enriquece el relato y, paralelamente, ese elemento cuya presencia no podemos obviar, porque esta fuente literaria se convierte en una suerte de confesión por parte de quien lo escribe. Como tan gráficamente lo expresa Elena Echeverría, “hay algunos viajeros que llevan consigo sus prejuicios, sus gafas deformadoras y su estómago. Aprecian lo que esperan encontrar y condenan lo que no comprenden. Raramente consienten en revisar los valores nuevos con los que tropiezan”¹⁴.

Salvada con la crítica pertinente la subjetividad de los relatos, éstos pueden servir pues –tal como he comprobado– de excelentes instrumentos didácticos y metodológicos en nuestro ámbito disciplinar, ayudando a cubrir objetivos cognitivos, procedimentales y actitudinales, puesto que permiten:

- * Captar la sistematicidad de los fenómenos histórico-educativos, al obligar a entresacar de la crónica viajera los datos relativos a la educación, sabiendo que su interpretación y comprensión sólo será posible si se leen en conexión e interdependencia con los demás factores descritos (espacios, momentos, condiciones sociales, economía, política, etc.).
- * Conocer el valor formativo y reformador que, en cada tiempo y lugar, tuvieron los viajes como mecanismos para el cambio individual (complementos habituales de la educación de las élites) y colectivo (recogida de información para la puesta en marcha de reformas en los sistemas educativos).
- * Transportar empáticamente al alumnado al ambiente cultural del siglo que se esté estudiando, ejercitando la imaginación histórica al mirar a través de los ojos del viajero o viajera.

- * Hacerles compartir con aquellos protagonistas de los viajes la idea y la constatación de que éstos contribuyen a contrarrestar concepciones egocéntricas o etnocéntricas y a fomentar, a cambio, un sano perspectivismo cultural alimentado con valores como la tolerancia o la disposición al diálogo y con el aprendizaje gracias a “lo otro”.
- * Incentivar al alumnado para que emprenda estudios sobre este tema o para que empleen esta fuente, aumentando sus niveles de atención y compromiso con la materia al refrescar los contenidos de enseñanza tradicionales.

Estos son los objetivos que me he planteado personalmente al probar la metodología que presento. La propuesta inicial la hice, sobre todo a nivel teórico, en la lección magistral que formó parte de mi ejercicio de oposición a titularidad. Más tarde, la he puesto en práctica en mis clases de Historia de la Educación en Europa, de primer curso, a escala muy reducida, intercalando relatos de viajes como ejemplos ilustrativos, usándolos como textos para comentarios y dando al alumnado la posibilidad de realizar trabajos complementarios para la asignatura, consistentes en la lectura pedagógica de algún relato puntual. Y finalmente, ésta ha sido la temática central de un curso de doctorado que he impartido durante dos años, espacio académico que me ha dado ocasión para desarrollar la propuesta por extenso, habiendo obtenido unos resultados más que satisfactorios y consciente además de que se trata de una dinámica viva y en absoluto agotada.

La lección a la que acabo de hacer referencia la titulé “Los viajes, instrumentos de difusión de las Luces”¹⁵, y su argumento se centraba en el poder formativo, reformador y pergeñador de una determinada imagen e idea de Europa contenido en los viajes ilustrados. El siglo XVIII fue especialmente viajero y, en él, el viaje y su relato adquirieron tonos claramente didácticos, como correspondía al siglo

del optimismo pedagógico. Se publican muchos, se leen mucho, se incluyen en cualquier biblioteca culta que se precie, se incentivan desde instituciones científicas e incluso se sistematizan prediseñando itinerarios –le Grand Tour incluía fundamentalmente, recordemos, Francia, Inglaterra, los Países Bajos, Prusia e Italia– o elaborando detallados cuestionarios para la recogida de información, de manera que los relatos sean, de nuevo siguiendo el espíritu del Siglo, lo más útiles posibles.

Elegí una muestra de doce relatos de autores que transitaron por la Europa dieciochesca (Voltaire, Ignacio de Luzán, Moratín, Mesonero Romanos, Víctor Hugo, entre otros¹⁶) y de su mano llevé a cabo un viaje virtual en el que fui anotando toda referencia a la educación, filtrando los contenidos como si llevase puestas una especie de gafas pedagógicas. A través de sus noticias supe del estado de las principales instituciones educativas en los distintos niveles, de las ceremonias académicas, de los planes de estudios, de los exámenes, de la educación femenina, de la Beneficencia o de la vida estudiantil, y pude extraer una serie de conclusiones que me ayudaron a trazar las líneas maestras de la educación ilustrada, completando o contrastando con los manuales al uso¹⁷.

En el curso de doctorado, una primera actividad de sensibilización consistió en que los y las asistentes escribieran su propio relato de viaje, algunos de los cuáles sobresalieron por su interés y calidad literaria. A continuación, el alumnado analizó individualmente diferentes relatos, escogidos de entre la bibliografía recomendada y en función de sus preferencias personales: Emilia Pardo Bazán, Teófilo Gautier, W. von Humboldt, Jacob, Víctor Hugo, o Mme. Brickmann, fueron algunos de los escogidos. El análisis se hizo partiendo de un esquema básico de trabajo que suponía simplemente tres partes:

1. La presentación del autor o autora y del contexto del relato de viaje seleccionado.

2. La exposición de los contenidos educativos encontrados, siguiendo el itinerario del viaje.
3. La contrastación con otras fuentes más tradicionales para la Historia de la Educación.

Al final, cada cuál presentó al grupo su trabajo, algunas personas casi metiéndose en la piel de sus viajeros, y hubo un espacio de debate para comparar las distintas impresiones, sistematizar ideas y concluir.

Y otra parte del curso, importante desde mi punto de vista, la dediqué a esbozar posibles líneas de trabajo futuras en esta área temática y metodológica. Comentaré, para terminar algunas de estas sugerencias:

- * Se puede hacer un recorrido longitudinal que nos muestre la evolución de los contenidos educativos cifrados en una muestra de relatos de viajes a lo largo de la Historia. Quizá los menos trabajados desde esta perspectiva hayan sido los más antiguos, aquellos en los cuáles, los griegos, por ejemplo, imaginaban el mundo sin preocuparse gran cosa del testimonio de sus sentidos, sino recurriendo a los mitos. Pero incluso en ellos podemos encontrar informaciones preciosas en el terreno de la geografía humana, acerca de las costumbres, lenguas, sistemas de parentesco, genealogías, urbanismo, medicina, y, por supuesto, educación¹⁸. Y lo mismo sucede en otro período escasamente abordado por la mirada viajero-educativa, el de la Edad Media, en la que viajan reyes y cruzados, mercaderes y pastores, juglares, frailes, predicadores, sabios, buhoneros, mendigos y embajadores, aunque quizá el viajero más representativo sea el peregrino que forma parte de una marea de gentes de toda condición y distinta procedencia que buscan en Jerusalén, Roma o Santiago la remisión de sus pecados.

* Se pueden reconstruir, vistos desde fuera, los tópicos y disidencias acerca de la educación en España¹⁹, que se pone de moda como destino “exótico” sobre todo con el romanticismo del XIX, cuando nos visitan Bazin, Dumas, Ford, Borrow, etc.²⁰, y somos para ellos a priori un reducto de arcaísmo; un país poco menos que identificable con la serranía andaluza acosada por los bandoleros o con el tablao, los fandangos, las manolas y las juergas flamencas permanentes; un país anclado siglos atrás y lastrado aún por el peso de la Inquisición; un país que, a nivel educativo, deja, por supuesto mucho que desear, pero al que, sin embargo, la mayoría no se resiste apasionadamente a volver²¹.

En esta tarea, puede hacerse mayor hincapié, en la perspectiva ofrecida por viajeros hispanoamericanos o portugueses, sintiendo con ellos la especial relación de cercanía con nuestro país. Los del otro lado del Atlántico, además de mantener una relación de amor-odio con la antigua metrópoli, viajan, escriben y responden habiendo asimilado previamente las características del género a través de la nutrida bibliografía europea que había tenido como objetivo fundamental el norte y el sur de América. Son ellos quienes rompen el hielo caído sobre las relaciones con España tras la emancipación de las colonias, dejándonos relatos muy valiosos (en los que la ciudad de Madrid aparece como centro): Sarmiento, Martí, Ricardo Palma, Justo Sierra en el XIX; Manuel Ugarte, José Enrique Rodó, Ricardo Rojas, Alfonso Reyes, Jorge Mañach, Pedro Henríquez Ureña, Uslar Pietro, Germán Arciniegas, Eduardo Caballero Calderón, en el XX (ofreciéndonos impresiones y análisis más completos y complejos de nuestra geografía)²².

O se puede igualmente incidir en aquella imagen que nos facilitan concretamente quienes provienen del otro lado del estrecho, viajan a su pérdida al-Andalus y plasman en sus *rihlas*

lo que ven con los ojos de la cara y del corazón. Es fundamentalmente a partir del siglo XII cuando las descripciones e interpretaciones de las costumbres, actitudes y comportamientos de los europeos se hacen en las rihlas más extensos y más profundos a nivel ideológico. Y en el caso de España –como explica Nieves Paradela– “los árabes, independientemente de su época, nacionalidad e ideología, siempre realizarán dos viajes simultáneos y a veces enfrentados: uno por lo propio [al-Andalus] y otro por lo extranjero, un recorrido por el pasado –su pasado– y otro por el presente –el de la nación contemporánea a su tiempo–”²³. En el XIX nos visitan, y no ya sólo en misión diplomática, escritores de Marruecos, Argelia, Túnez, Egipto y Palestina, y su negativa visión parece venir a coincidir en sus líneas maestras con la de los viajeros occidentales²⁴, porque –y dejemos de nuevo la voz a la experta–: “el problema surgía al ver que España, bien a pesar de su sustrato árabe, era, en su pasado, la nación que había derrotado a al-Andalus, y en su presente, un país que, ni de lejos, podía ser modelo de desarrollo”²⁵.

- * Se puede atender, en contrapartida, a la visión que los españoles y españolas que viajan tienen de la educación que observan en el resto del mundo. En este sentido es difícil dar una impresión general, puesto que desde los comienzos de la Historia podemos ser calificados como gentes viajeras y, por consiguiente, habrá que seleccionar los destinos que se quieren estudiar, con la seguridad de que, prácticamente para cualquiera, no será demasiado difícil hallar tanto fuentes como algún trabajo puntual de apoyo ya hecho. Exploradores, conquistadores, diplomáticos, sacerdotes, militares, marinos, científicos, literatos, periodistas, exiliados, turistas, de España han plasmado por escrito sus observaciones sobre el resto del mundo, basta colocarse el filtro pedagógico para leerlas²⁶.

- * Se puede profundizar de modo más especializado en la tarea comparatista que llevaron a cabo nuestros viajeros y viajeras reformadores. La Institución Libre de Enseñanza promovió un filón considerable en este sentido, las becas de la JAE beneficiaron a muchas personas inquietas del momento que, desde luego, supieron aprovechar bien lo que de los viajes aprendieron: Rufino Blanco, Margarita Comas, Cossío, Hermenegildo Giner de los Ríos, Rodolfo Llopis, Ángel Llorca, María de Maeztu, Félix Martí Alpera, etc.²⁷

- * Se puede comprobar “la mirada otra”, la ofrecida por las viajeras –Flora Tristán, Carmen de Burgos, Emilia Pardo Bazán, Gertrudis Gómez de Avellaneda, la baronesa de Wilson, Mme. Brickmann, Freya Stark, Amelia Earhart, Sofía Casanova, María Lejárraga, etc.– silenciadas también en esta actividad, porque supone un reto a la asociación espacial entre mujer y hogar, que ha sido tan importante para la construcción de la feminidad²⁸. Un reto que aceptaron muchas, rompiendo los dictados de género²⁹ (o a veces no, puesto que viajaban para acompañar al marido y llevar el hogar a donde hiciera falta) y alentadas en gran medida precisamente por la lectura de libros de viajes. Las viajeras que narraron miran interiormente, transmiten sus experiencias más personales, sus puntos de vista sobre los acontecimientos políticos, los transportes, las relaciones sociales, llenando en ocasiones los huecos que en estas cuestiones pudieron dejar los observadores masculinos. Y lo hacen ganando un nuevo espacio de libertad³⁰, hasta lograr que, gracias a ellas, para las que hemos nacido más tarde sea algo “normal”³¹. Desde los estudios de las mujeres sí que es posible ahora descubrir la ignorada vida de miles de mujeres, corrientes o extraordinarias, que no se dejaron disuadir por las abrumadoras circunstancias en contra y viajaron como esposas

o compañeras, o por sí mismas, como turistas o refugiadas, mano de obra, aventureras, científicas, exploradoras o peregrinas, sin que la historia se haya ocupado de ellas.

- * O se pueden examinar las críticas, los anhelos de cambio y las propuestas constructivas elaboradas en los denominados técnicamente relatos de pseudoviajes y viajes imaginarios. En los primeros –las *Cartas Persas* de Montesquieu³² o las *Cartas Marruecas* de Cadalso³³, por ejemplo–, los autores recurren a unas gentes de su mismo siglo pero de distinta raza y sociedad para que, desde un enfoque desconocedor de lo europeo, lo enjuicie ante el lector, haciendo comprender hasta a los más obtusos que fuera de los límites del continente existían seres diferentes pero no inferiores. Los viajes imaginarios –los *Viajes de Gulliver*³⁴, *Las aventuras del barón de Münchhausen* o *Robinson Crusoe*, pongamos por caso–, con un formato de lectura aún más asequible y atractivo, son a veces incluidos en la literatura fantástica, puesto que sus protagonistas son mundos y seres extraños, desconocidos o extraterrestres, pero que representan simbólicamente a Europa y sus habitantes, proporcionando a quienes los inventan la oportunidad de ejercer sus críticas más aguda y libremente, cuestionándolo todo desde las raíces y sin perder de vista tampoco un constructivo fin regeneracionista. Son obras que todavía necesitan más precaución y trabajo a la hora de desentrañar sus claves y metáforas.

Por supuesto, la lista de sugerencias no está cerrada, sólo queda decir ¡adelante!

Notas

- ¹ C. De Burgos, "Colombine" (1917): *Mis viajes por Europa*. Madrid, Sanz Calleja, tomo I, p. 210.
- ² "Viajes impensables y aborrecibles, verdadera amargura para las familias; traslación de empleados o militares; telegramas que avisan de que están enfermos de muerte el padre, o el hijo, o la esposa; pleito, cesantía, etcétera" (E. Pardo Bazán: "Por la Europa Católica", en *Obras Completas*, XXVI. Madrid, Establecimiento Tipográfico de I. Moreno, 1902, p. 145).
- ³ F. Teixidor (1982): *Viajeros mexicanos (siglos XIX y XX)*. México, Porrúa, pp. XI-XII.
- ⁴ D. Roche: "Viajes", en V. Ferrone y D. Roche (eds.) (1998): *Diccionario histórico de la Ilustración*. Madrid, Alianza, p. 288.
- ⁵ J. E. Ciclot (1992): *Diccionario de símbolos*. Barcelona, Labor, pp. 13-14.
- ⁶ L. Litvak (1987): *El ajedrez de estrellas*. Barcelona, Laia, p. 230.
- ⁷ S. M. Carrizo Rueda: "Morfología y variantes del relato de viajes", en F. Carmona Fernández y A. Martínez Pérez (eds.) (1996): *Libros de viajes*. Actas de las Jornadas sobre los Libros de Viajes en el mundo romántico. Universidad de Murcia, p. 120.
- ⁸ N. Paradela Alonso (1993): *El otro laberinto español: viajeros árabes en España entre el siglo XVII y 1936*. UAM, Introducción.
- ⁹ Locke, por ejemplo, en su texto titulado *Pensamientos sobre educación* (1639), precisaba cuáles eran los "años peligrosos" para viajar, situándolos entre los 16 y los 21, justamente la edad más acostumbrada para hacerlo. En su opinión, los muchachos deberían ser más jóvenes si se quería que estudiarán, o mayores, si la finalidad era conocer mundo y aprender a moverse en los ambientes cortesanos. Y en el *Emilio*, Rousseau reflexiona también acerca de la cuestión de la edad de quienes viajan: "Nos preguntamos si es bueno que los jóvenes viajen y se ha discutido mucho sobre ello; si se planteara la cuestión de otra manera y nos preguntáramos si es bueno que los hombres hayan viajado, quizás no discutiríamos tanto".
- ¹⁰ Son los jóvenes británicos de la alta sociedad dieciochesca quienes ponen de moda el *Grand Tour*. I. Álvarez Cuartero especifica que se trata de "un intenso viaje de estudios por el continente que emprendían acompañados por un tutor y que duraba alrededor de tres años; este deambular tenía como objetivo la instrucción del pupilo, el aprendizaje de la lengua francesa y el conocimiento del arte y la cultura italianas, es decir, la formación adecuada para el desenvolvimiento del futuro joven en la sociedad. La moda viajera alcanzaba también a los franceses, rusos, italianos y alemanes, estos últimos se caracterizaban por ser los más viajeros, preparaban el itinerario al detalle y su capacidad de observación y admiración por los paisajes y costumbres de otros lugares era sorprendente" (L. Álvarez Cuartero (2000): *Amigos de la Sociedad Económica, relatos, viajes y descripciones de la Isla de Cuba*. Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, Delegación de Corte, pp. 16-17). Consol Freixa, una vez estudiados los antecedentes de esta afición, es de la opinión de que "lo que en el siglo XVII había sido un minoritario viaje de estudios se generalizó y

banalizó convirtiéndose, en la mayoría de los casos, en un recorrido turístico que concluía la educación de los muchachos británicos de buena familia” (C. Freixa, 1993): *Los ingleses y el arte de viajar: una visión de las ciudades españolas en el siglo XVIII*. Barcelona, El Serbal)

¹¹ La elección de un mal tutor puede llegar a estropear los objetivos formativos planteados. Así lo advierte, de nuevo, J.J. Rousseau: “Los ayos, más preocupados de su entretenimiento que de su instrucción, le llevan de ciudad en ciudad, de palacio en palacio, de círculo en círculo; o, si son doctos y gentes cultas, les hacen pasar el tiempo recorriendo bibliotecas, visitando anticuarios, rebuscando viejos monumentos, transcribiendo viejas inscripciones. En cada país se ocupan de otro siglo, como si se ocuparan de otro país; de suerte que después de haber recorrido Europa con gran gasto, entregados a frivolidades o al aburrimiento, vuelven sin haber visto nada de lo que pueda interesarles, ni aprendiendo nada de lo que puede serles útil” (*Emilio o de la Educación*. Madrid, Alianza, 1990, pp. 638-639).

¹² W. Goethe (1891): *Viaje a Italia*. Madrid, Viuda de Hernando y Cía., p. 250.

¹³ N. Paradela Alonso: *op. cit.*, Int.

¹⁴ E. Echeverría Pereda (1994): *La imagen de España en Francia: viajeras francesas decimonónicas*. Universidad de Málaga, p. 57.

¹⁵ Está publicada en M. N. Gómez García (2004): *Lecciones de Historia de la Educación*. Sevilla, Alfar, pp. 147-188.

¹⁶ En concreto, los relatos analizados fueron los siguientes:

- Voltaire: *Cartas inglesas*, 1734.
- I. de Luzán: *Memorias literarias de París*, 1751.
- D. A. de Gálvez: *Itinerario Geográfico*, 1755.
- F. de Miranda: *Viaje por Francia*, 1785.
- A. Ponz: *Viaje fuera de España*, 1785.
- W. Goethe: *Viaje a Italia*, 1786.
- F. de Miranda: *Viaje por Rusia*, 1787.
- Marqués de Ureña: *Viaje europeo*, 1787-88.
- Moratín: *Viaje de Italia*, 1793-95.
- W. von Humboldt: *Diario de viaje a España*, 1799-1800.
- R. de Mesonero Romanos: *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica*, 1833-40.
- V. Hugo: *El Rin*, 1838-1840.

¹⁷ En líneas generales, las principales conclusiones extraídas vienen a completar más que a contradecir lo contenido en los manuales de Historia de la Educación. Muy sintéticamente, las principales ideas serían éstas (M. J. Rebollo Espinosa: *op. cit.*, p. 179).

a) La información vertida en los relatos de viaje atestigua que Francia, a pesar de las eventuales críticas recibidas, es la nación que dicta las normas culturales de la Europa dieciochesca.

b) Se constata el proceso de extensión de la enseñanza primaria potenciado por la ideología ilustrada, extensión que se evidencia en la proliferación de las escuelas gratuitas y de establecimientos de Beneficencia entre cuyas atribuciones consta también las de la instrucción de las niñas y niños recogidos.

- c) El nivel secundario, sin embargo, aparece aún poco asentado, está destinado a núcleos sociales acomodados y su carácter es exclusivamente propedéutico.
 - d) Las instituciones universitarias son siempre del interés de los viajeros, pero en sus descripciones se nota cómo muchas de ellas han perdido fuerza y se han ido alejando de las expectativas sociales emergentes.
 - e) Por el contrario, las Academias, las Escuelas Especiales o los Gabinetes Científicos se presentan como novedades institucionales mucho más acordes con los planteamientos de un siglo preocupado por el cultivo de las ciencias útiles como motor de progreso y, por ello, vemos cómo aumentan su poder formativo, actuando en gran medida a modo de complemento para la educación media y superior.
 - f) También asisten nuestros viajeros, orgullosos, al desarrollo de las Bibliotecas públicas que contribuyen igualmente a la difusión de las Luces.
 - g) Y son testigos, por fin, de los cambios que se van experimentando en la situación educativa de las mujeres, bastante más interesadas ahora públicamente por la cultura, pero sufridoras aún por mucho tiempo de las limitaciones de acceso a ella que una tradición androcéntrica le impone, incluso a aquellas que se mueven en círculos de élite en los que actúan hasta como anfitrionas para la intelectualidad.
- 18 De la mano del padre de la Historia y los viajes, Herodoto, tenemos datos, por ejemplo, en relación con el concepto de infancia o la educación de los niños en Persia: “Lo que constituye, para un persa, todo el mérito de un hombre, después del valor, es la cantidad de sus hijos. Cada año el rey ofrece recompensas a aquellos que más hijos tienen, pues, para los persas, el número hace la fuerza. De los cinco hasta los veinte años no se enseñan a los niños más que tres cosas: montar a caballo, tirar con arco y decir la verdad. El padre no ve jamás a su hijo hasta la edad de cinco años. El niño permanece con las mujeres a fin de que, si fallece entretanto, su padre no sienta ninguna pesadumbre. Lo encuentro muy justo” [Cf. J. Laccarière (1986): *De paseo con Herodoto: Viajes a los extremos de la Tierra*. México, FCE, p. 94]. O sobre los materiales empleados en el aprendizaje de la lecto-escritura entre los egipcios (con un matiz helenocéntrico presente en general en toda su obra): “Para escribir y contar, los griegos desplazan la mano de izquierda a derecha, los egipcios de derecha a izquierda, pretendiendo que escriben al derecho y los griegos al revés. Utilizan, además, dos escrituras: los jeroglíficos y la escritura popular” (*Ibidem*, p. 173).
- 19 Un buen punto de partida para reconstruir la imagen educativa que ha ido ofreciendo España a los ojos de visitantes foráneos nos lo puede proporcionar la antología de textos de García Mercadal, en la que hallamos referencias desde los griegos hasta el siglo XIX: Cf. J. García Mercadal: *España vista por los extranjeros*. Madrid, 1918-1919.
- 20 Chateaubriand, Gautier, Flaubert, Lamartine, Stendhal, Dickens, son otros tantos grandes literatos de la Europa romántica que, movidos por el espíritu del siglo, se ven atraídos por nuevos destinos, entre los que resultan asimismo privilegiados los espacios del Oriente, que constituyen no sólo un viaje real, sino además un viaje iniciático de búsqueda del más allá, un retorno a los orígenes de nuestra cultura. Pero no todos se van tan lejos, Goethe, por ejemplo, en su *Viaje a Italia*, continúa ofreciéndonos muestras estupendas para acrecentar nuestro caudal histórico-educativo, hablándonos de los Colegios Jesuitas, de los de los

Oratorianos, de las normas de urbanidad imperantes, de la educación de la mujer, del trabajo infantil, de la educación artística, de los Jardines Botánicos, de las Academias Literarias y Científicas, de las librerías, de los Institutos o de las Universidades italianas.

- 21 Es esa atracción romántica la que le hace a W. Humboldt, tras haber corroborado gran parte de los prejuicios con que nos visitaba, despedirse desde los Pirineos diciendo: “Miro atrás con un sentimiento especial hacia España. Es un país maravilloso cuyos habitantes amaré siempre” (*Diario de Viaje a España. 1799-1800*. Madrid, Cátedra, 1998, p. 258).
- 22 Estuardo Núñez ha elaborado –en una tarea de investigación y recopilación muy de agradecer por los estudiosos de estos temas–, varias antologías de textos de viajeros hispanoamericanos en España y en otros países, cuya referencia se encuentra en la bibliografía final de este capítulo.
- 23 N. Paradela Alonso: *op. cit.*, p. 89.
- 24 Léanse, como muestra, estas palabras de la rihla del tunecino al-Wardani: “Otra costumbre pernicioso es la falta de enseñanza obligatoria en España, a diferencia de lo que sucede en Francia y en otros países. Esto ha motivado el atraso que, en relación con los europeos, sufren los españoles en la ciencia, la técnica o la industria. Aunque su grado de civilización no esté del todo mal, necesitarán todavía cien años para equipararse a Francia y a otros estados...” (cit. por N. Paradela: *Ibidem*, p. 138).
- 25 *Ibidem*, p. 168.
- 26 En la bibliografía que se adjunta, de la mano sobre todo de García Romeral, tenemos un filón de pistas básicas.
- 27 En este tema, la ineludible obra de referencia, en cuanto a base de datos se refiere, sería la de Teresa Marín Eced (1988): *Los becados por la Junta para la Ampliación de Estudios y su influencia en la pedagogía española*. Universidad Complutense; y (1991): *Innovadores de la educación en España (Becarios de la Junta para la Ampliación de Estudios)*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha
- 28 Rousseau, uno de los grandes ideólogos del patriarcado, en el apogeo ilustrado del Grand Tour, tan vetado a las mujeres como recomendado a los varones, escribe a D’Alembert que “toda mujer que se muestra se deshonor”, ¡cuánto más la que viaja! Sólo a partir de 1850 y en el ámbito protestante comienza por fin a inscribirse el viaje como fase final de la educación de las señoritas, aunque con bastantes prevenciones (por ejemplo, los Museos, donde puede aprenderse demasiado de cerca anatomía masculina).
- 29 Como observa Gabriella Pozzi estudiando los viajes de Colombine, en especial en las escritoras viajeras del siglo XIX y principios del XX es característica una tensión entre lo público (viajar y escribir) y lo privado (su intimidad doméstica), entre el rechazo a los atributos genéricos codificados y su aceptación, un “discurso de doble voz” [G. Pozzi: “Viajando por Europa con Carmen de Burgos (‘Colombine’): A través de la Gran Guerra hacia la autoridad femenina”, en S. García Castañeda (coord.) (1999): *Literatura de Viajes. El Viejo Mundo y el Nuevo*. Madrid, Castalia-Ohio University, pp. 299-307].
- 30 “Bien es verdad que –apostilla Elena Echeverría– el viaje no derribaba todas las fronteras, no suponía una ruptura en sí mismo, sólo era una experiencia. Pero a través de él las mujeres conocieron otras culturas, afirmaron su libertad en la elección de su atuendo y de

su forma de vida, de sus creencias religiosas, intelectuales o amorosas. De una manera u otra, pagándolo a menudo muy caro, estas mujeres rompieron el círculo de su encierro haciendo retroceder la frontera del sexo” [E. Echeverría Pereda (1994): *La imagen de España en Francia: viajeras francesas decimonónicas*. Universidad de Málaga, p. 88].

³¹ Como nos cuenta Bárbara Hogson: “Las mujeres escribieron sobre sus viajes por varias razones: para justificar su tiempo de ocio convirtiéndolo en trabajo, para financiar futuros viajes o para expresar su sincero interés por recordar todo lo que habían visto. Una autora de crónicas de viajes podía ser una cosa rara en el siglo XVIII, pero en 1817, cuando Eliza Fay escribía, la literatura de viajes hecha por mujeres era tan frecuente que estas señoras ya no eran ‘objeto de burla’” [B. Hodgson (2006): *Señoras sin fronteras. Las mujeres y la aventura*. Barcelona. Lumen, p. 4].

³² Esto le escribe, Rica a Usbek acerca de la Sorbona, por ejemplo: “Es la universidad de París la hija mayor de los reyes de Francia, y muy mayor, que tiene novecientos años largos, y chochea no pocas veces [...] Me parece que se apocan las cabezas de los mayores ingenios cuando están reunidos, y que donde hay más sabios juntos, hay menos sabiduría” (Montesquieu: *Cartas persas*, CIX).

³³ En las *Cartas Marruecas*, entre otras muchas cosas, cuenta Cadalso por boca de Gazel, criticando la metodología escolástica mal entendida y al uso en nuestras instituciones de educación superior: “Hay hombres en este país que tienen por oficio el disputar. Asistí últimamente a unas juntas de sabios, que llaman Conclusiones. Lo que son no lo sé, ni lo que dijeron, ni si se entendieron, ni si se reconciliaron, o si quedaron con el rencor que se manifestaron delante de una infinidad de gentes, de las cuales ni un hombre se levantó para apaciguarlos [...] No puedo comprender qué utilidad pueda sacarse de disputar setenta años una misma cosa, sin el gusto, ni siquiera la esperanza de aclararla” (Cadalso: *Cartas marruecas*, XXIII).

³⁴ Explica irónicamente Swift a través de su Gulliver –y es sólo una mínima muestra de los contenidos pedagógicos de la obra–: “Los Liliputienses opinan muy distintamente de cómo se piensa en Europa, que ninguna cosa merece tanto cuidado y atención como la educación de los niños. Esto es tan fácil, dicen ellos, como sembrar y plantar. Pero el conservar ciertas plantas, hacerlas crecer felizmente, defenderlas del rigor del invierno, de los bochornos y tempestades del verano, y del insulto de los insectos, y finalmente, disponerlas para que fructifiquen con abundancia, es el efecto de la aplicación y celo de un buen jardinero”. Y a continuación detalla cuáles deben ser las cualidades de un buen maestro: “Para la elección de maestros estiman más un espíritu recto que otro muy sublime; prefieren las buenas costumbres a la mucha sabiduría. No pueden sufrir aquella especie de preceptores que aturden sin cesar los oídos de sus discípulos con combinaciones gramaticales, disputas frívolas y notas pueriles; y que por enseñarles el antiguo idioma de su país [...] les abruman el ánimo de reglas y excepciones, y abandonan el uso y ejercicio por llenarles la memoria de principios superfluos y preceptos escabrosos. Quieren que el maestro se familiarice sin perder su autoridad, porque nada es tan opuesto a la buena educación como el pedantismo y una majestad afectada...” y sigue así a lo largo de casi diez páginas, sin que ninguna de las recomendaciones resulte didácticamente inútil (J. Swift.: Valladolid, Miñón, pp. 66-72).

Referencias bibliográficas

- AA.VV. (1992): *Viajeros, peregrinos, mercaderes en el occidente medieval*. Gobierno de Navarra.
- AA.VV. (2002): *Maravillas, peregrinaciones y utopías: literatura de viajes en el mundo romántico*. Universidad de Valencia.
- AA.VV. (2004): *La estirpe de Telémaco: estudios sobre la literatura y el viaje*. Betania.
- ÁLVAREZ CUARTERO, L. (2000): *Amigos de la Sociedad Económica, relatos, viajes y descripciones de la Isla de Cuba*. Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, Delegación de Corte.
- BAQUERO GOYANES, M. (1963): *Perspectivismo y contraste*. Madrid, Gredos.
- BOND, M. (2003): *Libres como el viento: relatos de mujeres viajeras*. Onivo.
- CARMONA FERNÁNDEZ, F. y MARTÍNEZ PÉREZ, A. (eds.) (1996): *Libros de viajes*. Actas de las Jornadas sobre los Libros de Viajes en el mundo romántico. Universidad de Murcia.
- CASTAÑEDA, P. (2003): *Viajeras*. Madrid, Aldebarán.
- COLINAS, A. y LLEDÓ, J. (1995): *Grand Tour*. Madrid, Álbum Letras y Artes.
- CUNQUEIRO, A. (1986): *Viajes imaginarios y reales*. Barcelona, Tusquets.
- DE BOTTON, A. (2002): *El arte de viajar*. Taurus-Santillana.
- ECHEVERRÍA PEREDA, E. (1994): *La imagen de España en Francia: viajeras francesas decimonónicas*. Universidad de Málaga.
- FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, M. (1825-1829): *Colección de viajes y descubrimientos que hicieron los españoles desde fines del siglo XV*. Madrid, Imprenta Real.
- FREIXA, C. (1993): *Los ingleses y el arte de viajar: una visión de las ciudades españolas en el siglo XVIII*. Barcelona, El Serbal.
- GARCÍA CASTAÑEDA, S. (coord.) (1999): *Literatura de Viajes. El Viejo Mundo y el Nuevo*. Madrid, Castalia-Ohio University.
- GARCÍA ROMERAL, C. (1997): *Bio-bibliografía de viajeros españoles (s. XVIII)*. Madrid, Ollero Ramos.
- — —: *Bio-bibliografía de viajeros españoles (s. XIX)*. Madrid, Ollero Ramos.
- — —: *Bio-bibliografía de viajeros españoles (1900-1936)*. Madrid, Ollero Ramos.
- — — (2000): *Viajeros por España y Portugal (s. XVIII)*. Madrid, Ollero Ramos.
- — — (2001): *Viajeros por España y Portugal (ss. XV-XVII)*. Madrid, Ollero Ramos.
- — — (2004): *Diccionario de viajeros españoles*. Madrid, Ollero Ramos.
- GARCÍA TORTOSA, F. (1973): *Viajes imaginarios en el siglo XVIII inglés y su fondo cultural*. Universidad de Salamanca.
- GÓMEZ DE LA SERNA, G. (1974): *Los viajeros de la Ilustración*. Madrid, Alianza.
- HODGSON, B. (2006): *Señoras sin fronteras. Las mujeres y la aventura*. Barcelona, Lumen.
- LITVAK, L. (1987): *El ajedrez de estrellas*. Barcelona, Laia.
- LÓPEZ DE MARISCAL, B. (2004): *Relatos y relaciones de viajes al Nuevo Mundo en el siglo XV: Un acercamiento a la identificación del género*. Polifemo.
- MACZAK, A. (1996): *Viajes y viajeros en la Europa moderna*. Barcelona, Omega.

- MOUCHARD, Ch. (1988): *Aventureras con enaguas*. Barcelona, Laia.
- PARADELA ALONSO, N. (1993): *El otro laberinto español: viajeros árabes en España entre el siglo XVII y 1936*. UAM.
- PIMENTEL EGEEA, J. F. (2003): *Testigos del mundo: ciencia, literatura y viaje en la Ilustración*. Marcial Pons.
- REBOLLO ESPINOSA, M. J.: "Los viajes, instrumento de difusión de las Luces", en GÓMEZ GARCÍA, M. N. (2004): *Lecciones de Historia de la Educación*. Sevilla, Alfar, pp. 147-188.
- TEIXIDOR, F. (1982): *Viajeros mexicanos (siglos XIX y XX)*. México, Porrúa.
- WOLF, V. (2001): *Viajes y viajeros*. Barcelona, Plaza y Janés.